

le hacen cortar una á una las articulaciones de los piés y de las manos, nudillo por nudillo, y los ponen de muestra en el mármol del pretorio, diciéndole: « No tienes mas que aguardar la cosecha; ya ves como hemos sembrado tus dedos; van á producirte piés y manos al céntuplo. » — « Dios que los ha criado, me los devolverá, » respondió el santo. Le desuellan en seguida la cabeza y el rostro, le cortan la lengua hasta la raíz, y le arrojan en una caldera de pez hirviendo; mas, por visible proteccion de Dios, la pez salta toda de la caldera sin tocar nada al cuerpo del santo mártir. Los jueces le hacen entonces tender en una prensa de madera para que le desmenuce los huesos: le asierran despues por cuartos y lo arrojan á una cisterna seca, con guardias, para impedir que los cristianos viniesen á llevarse sus preciosas reliquias. — Su hermano, Birch-Jesús, padeció tormentos no menos atroces. Le ajustaron á los brazos dos planchas de hierro incandescente. « Si haces caer una de esas planchas, le dijeron los jueces, afirmaremos que has renunciado á la fe de los cristianos. » — « Ministros de un rey impío, exclamó el santo, no temo yo vuestro fuego, ni sacudiré mi brazo, y sostendré encima cuantas planchas de hierro hecho ascua os placera ajustarle. » A estas palabras, los jueces mandaron derramarle plomo derretido en las narices y los ojos, y mandaron volviere á la cárcel y dejarle pasar la noche colgado de un pié. No habian debilitado en lo mas mínimo la constancia del mártir estos tormentos; y al dia siguiente se le golpeó desde luego con zarzas, mas tarde se le metieron en la carne puntas de caña aguzadas, y cuando ya estaba todo su cuerpo abierto por las espinas y por las cañas, los verdugos le agarrotaron con sogas y le volteaban por el suelo. Despues de torturas tan horribles, se le echó en la boca pez hirviendo y azufre inflamado, y dió su espíritu en este último suplicio. Los restos mortales de tan ilustres hermanos, rescatados por quinientos dracmas por Abtusciatas, uno de sus amigos, fueron enterrados honoríficamente por los cristianos.

16. Estas crueldades, que se repetian por toda la extension de

la Persia por mandado de Sapor, redoblaron aun mas á consecuencia de un descalabro que sufrieron las armas de este príncipe, bajo los muros de Nisiba, en Mesopotamia. La muerte de Constantino Magno pareció á Sapor ocasion favorable para hacer una irrupcion en el imperio romano; vino pues en 338 á sitiar á Nisiba, cuyo obispo era Santiago. Era innumerable el ejército de los Persas en infantería y caballería; y traia consigo regimientos enteros de elefantes, que llevaban encima altas torres y máquinas de guerra de toda especie. Mas despues de sesenta y tres dias de sitio, Sapor se vió obligado á retirarse ignominiosamente y regresar á sus Estados. Su ejército, batido y perseguido en todo sentido por las tropas romanas, abrumado de privaciones y cansancio, diezmado por las enfermedades, la peste y el hambre, pereció casi todo. A su vuelta, vengó su derrota en los cristianos. Fueron enviados á todas las provincias soldados á caballo con órden de traer presos á la capital á todos los oradores de Jesucristo. Temian los bárbaros aumentar el horror de los suplicios multiplicándolos en cada localidad, y dispusieron centralizar en cierto modo la persecucion. La historia nos ha legado los nombres de los mas ilustres mártires que derramaron su sangre en testimonio de su fe, durante esta renovacion de persecucion en el año 339. Tales fueron: Sapor, obispo de Beth-Nictor; Isaac, obispo de Seleucia; Abraham, Mahanes y Simeon. Mahanes fué desollado vivo; Simeon medio enterrado hasta el pecho y atravesado de flechas; Abraham perdió los ojos, que se le arrancaron con garfios de hierro incandescente, muriendo dos dias despues; Isaac fué apedreado, y Sapor abofeteado con tal violencia, que le arrancaron dientes y muelas, y despues le hicieron morir á palos. — Pero estas crueldades espantosas no hacian sino aumentar el número de los fieles en Persia: y hemos visto que siempre han producido este efecto las persecuciones en el seno de la Iglesia. En el año siguiente (340), el rey Sapor publicó contra los cristianos un decreto general que condenaba á sus personas á la esclavitud, y se confiscaban sus bienes. Simeon, obispo de Seleucia, era un venerable anciano de quien decia el mismo

Sapor : « He recorrido países lejanos, y nunca he visto nada » comparable á la augusta majestad de su rostro. » Se negó á entregar los vasos sagrados y otras riquezas de su iglesia, y respondió al rey que le apremiaba : « Es patrimonio de los » pobres; y yo moriré antes que entregar este santo depó- » sito. » A esta respuesta, llevaron al santo obispo á un calabozo. Entre la muchedumbre reunida á la puerta de su palacio para verle salir, se hallaba un antiguo eunuco llamado Guhsciatada, que habia sido ayo de Sapor, y que gozaba de la mejor reputacion y de gran ascendiente en la corte. Habia abrazado anteriormente la religion cristiana, mas el temor de la persecucion le hizo apostatar. A la vista del santo obispo, se echó de rodillas implorándole su bendicion. Simeon pasó, volviendo los ojos, para denotarle el horror que le inspiraba su apostasía. Guhsciatada comprendió la profunda y muda elocuencia de esta reprehension; é inmediatamente se fué á despojarse de los pomposos vestidos que llevaba, en su calidad de gentil-hombre del rey, se vistió de luto, y se volvió á palacio para presentarse al rey : « Hacedme condenar á muerte, le » dijo, porque he merecido el último suplicio haciendo trai- » cion á mi Dios, y quebrantando la fe que le habia prome- » tido. — ¡ Cómo ! exclamó furioso Sapor; ¿ tal es el mo- » tivo de tu dolor? Cúrate tú mismo de esa insensata mania, ó » yo te obligaré á obedecerme. — Yo no obedeceré de hoy » en adelante sino al verdadero Dios, y no adoraré jamás á » criatura alguna. — Luego yo adoro criaturas, ¡ miserable ! — » Sí, y lo mas deplorable es que sean criaturas inanimadas. — » Muere pues, » dijo Sapor; y mandó conducir á su antiguo ayo al suplicio. Como último favor, Guhsciatada le suplicó hiciese publicar que habia muerto por su fidelidad al Dios de los cristianos, á fin de reparar en cuanto era de su parte el escándalo de su apostasía. — La noticia de este martirio colmó de gozo al santo obispo, encarcelado. En el siguiente dia, Simeon fué nuevamente conducido ante Sapor, cuyas amenazas le hallaron tan inflexible como la primera vez. El rey mandó ajusticiar, en presencia del mismo santo, cien presos cristianos, entre los

cuales se hallaban obispos, sacerdotes y diáconos. Simeon les exhortaba y animaba á padecer valerosamente por el nombre de Cristo; y él mismo fué decapitado y martirizado así, el último de esta falange de héroes. Los dos sacerdotes que le acompañaban, Abdaiela y Hananias, tuvieron igual suerte. En tanto que Hananias se quitaba sus vestiduras para entregarse en manos del verdugo, fué sobrecogido de un gran temblor involuntariamente. Fusiquio, intendente de los trabajos del rey, que asistia á la ejecucion del suplicio, lo notó : « ¡ Animo ! » Hananias, dijo al mártir; tened confianza, cerrad los ojos, y » dentro de algunos momentos veréis la divina luz de Cristo. » Estas cortas palabras, denunciadas á Sapor, le valieron á Fusiquio la corona del martirio. Mas el rey quiso que su martirio fuese acompañado de extrañas crueldades; y no era fácil ya inventarlas nuevas. Los verdugos le agujerearon el cuello, y por la abertura le arrancaron la lengua. Espiró en tan horrible tormento. Todas estas ejecuciones tuvieron lugar el 16 y 17 de abril de 341. Sapor, exasperado, lanzó en el mismo 17 de abril un edicto que condenaba á muerte á todos los cristianos cuyos jueces no lograsen de ellos renuncia y negacion explícita del nombre de Cristo. No se vieron pues en toda la Persia sino instrumentos de suplicio : los fieles, lejos de renegar de la fe, volaban generosa y valientemente á la muerte, por manera que los verdugos se reconocieron vencidos mas de una vez por la paciencia de sus víctimas. « La Cruz, dice san Maruthas, obispo de » la Mesopotamia, testigo ocular de esta horrible carnicería, brotaba en arroyos de sangre. » Los nombres de todos estos mártires, todos gloriosísimos ante Dios, han quedado ignorados de los hombres por la mayor parte. Se ha conservado entre muchos el de la vírgen Tharba, la cual fué encarcelada con su hermana y su criada ó esclava. Los magos mandaron aserrar sus cuerpos en dos partes : cada una de estas fué cortada despues en seis, y se echaron todos los pedazos en otros tantos cestos, que se colgaron en postes en dos hileras. La reina, entonces enferma, y cuya mala salud atribuian los magos á hechizos de los cristianos, pasó por medio de estos trozos san-

grientos de carne humana, esperando recobrar sus fuerzas á la vista de los restos mutilados de sus víctimas (5 de mayo de 341). Algunos meses despues, el gobernador de la provincia de la Caldea, Hormisdas, y Narses, su hermano, atravesaron á puñaladas con sus propias manos á san Milos, obispo de Suza. El anciano, espirante ya, les predijo que al día siguiente se matarian ambos, uno á otro. Los asesinos se mofaron de su prediccion. Mas ocurrió que en dicho día, en una gran caza, persiguieron ambos un ciervo que se habia escapado del ojeo : le lanzaron cada uno sus flechas para matarlo, pero las flechas sin tocar al ciervo, que se escapó por en medio, dieron en ambos hermanos, que quedaron muertos á la hora misma que ellos habian asesinado á san Milos. — Hácia el mismo tiempo arrestaron á Barsabias, abad de un monasterio de la Persia, con los diez monjes que gobernaba. El juez les hizo aplastar las rodillas, romper las piernas, cortarles los brazos, costados y orejas. Se les hirió despues con cañas espinosas los ojos y el rostro; y finalmente el gobernador los condenó á cortarles la cabeza. Barsabias quedó reservado el último. Durante la ejecucion, vino á pasar un mago acompañado de su mujer, sus dos hijos y muchos criados. Tocado de la gracia, en vista del júbilo que resplandecia en el rostro de los mártires entre tan atroces tormentos, muda de vestiduras y toma el vestido de un criado suyo, corre á precipitarse á los piés de Barsabias, y le suplica le admita en el número de sus discípulos y le proporcione la gloria del martirio. El abad consiente inmediatamente, le presenta al verdugo, que le corta la cabeza sin conocer quién era. Barsabias, padre de todos estos mártires, fué decapitado en fin el 3 de junio de 342. — En el mismo año san Sadoth, sucesor de san Simeon en la silla de Seleucia, fué martirizado con otros ciento veintiocho cristianos, en la misma ciudad de Seleucia, donde se hallaba Sapor. Dos años mas tarde, el sacerdote Daniel, y la virgen Rosa (*Verda* en lengua pèrsica) fueron prendidos por órden del gobernador de la provincia de los *Razicheos*, ó Raciquenios. Pádecieron durante tres meses las mas crueles vejaciones y tormentos. Entre otros

suplicios, se les taladraron los piés, que se les forzó á tener metidos cinco dias seguidos en agua congelada. Nada era capaz de debilitar su constancia, y el gobernador los condenó á cortarles la cabeza (21 de febrero de 344). En el mismo año, ciento veinte cristianos presos por órden de Sapor, en la provincia de Adiabena, tuvieron suerte igual : una mujer piadosa recogió sus cuerpos, que fueron enterrados de cinco en cinco en un campo vecino á Seleucia (21 de abril de 344). Barbascemino habia reemplazado á san Sadoth en la silla metropolitana de Seleucia. Sapor lo mandó encerrar en un calabozo infecto, á donde se habian arrojado cadáveres de animales podridos. El santo mártir padeció allí mismo once meses esa hediondez, y á mas el hambre y la sed : finalmente fué degollado con sus compañeros el 14 de enero de 346 en Ledan, provincia de los Husitas. — Entristeció cruelmente á esta iglesia, tan afligida ya, una espantosa apostasia acaecida sobre esta época misma. Se delató al gobernador de Ledan á un sacerdote llamado Pablo, que gozaba de inmensas riquezas. Se le prendió con cinco vírgenes consagradas á Dios : Tecla, María, Marta, otra María y Ana. El gobernador comenzó por confiscar en provecho suyo la hacienda de Pablo. Le hizo comparecer ante su tribunal, y le intimó renegar de Cristo y adorar al Sol. « Así es como re- » cobrarás, le dijo, el dinero que se te ha quitado. » El infeliz, que amaba mas sus riquezas que no á su alma, consintió en abjurar. Esta debilidad de modo alguno entraba en las miras del gobernador, que deseaba guardar los bienes confiscados. Y dijo al apóstata : « Si quieres probarnos la sinceridad de tu » retractacion, es menester que mates con tu propia mano las » cinco vírgenes á quienes has inculcado tus creencias, y que » han sido arrestadas y presas contigo. » El miserable y obcecado apóstata accedió á esta condicion tan infame, y asiendo un puñal afilado, se echó sobre estas heróicas mártires. « ¡ Como ! » le dijeron ellas, pastor cobarde; ¿ así es como os echais sobre vuestro rebaño? así es como en lugar de apacentar vuestros » tras ovejas, las degollais? » Pablo no hizo caso alguno. En medio de una muchedumbre de gente que lo trataba de exe-

crable verdugo, terminó su horrible misión, y degolló con sus propias manos á las cinco vírgenes (6 de junio de 346). Ni aun á tanta costa pudo volver á entrar en posesion de su hacienda; porque el gobernador, para asegurarse del dinero de que ya se habia posesionado, le mandó ahogar en la noche siguiente (1). La persecucion continuó en el reino de Persia hasta la muerte de Sapor II en 380, despues de setenta años de reinado, de crueldades y de barbarie.

17. Durante su reinado, uno de los mas largos de que habla la historia, prosiguió constantemente el doble objeto de aniquilar el cristianismo en sus Estados, y engrandecer el reino de Persia, á expensas de las provincias limítrofes del imperio romano. En 350, Constancio, que se habia adelantado hácia la Persia para guardar sus fronteras, se vió imprevista y repentinamente llamado al Occidente por acontecimientos de la mayor trascendencia. Sapor II se aprovechó de este alejamiento inesperado para renovar sobre la ciudad de Nisiba la empresa que tan mal le salió en 338. Volvió pues segunda vez con fuerzas considerables, muchedumbre de elefantes, pertrechos y máquinas de guerra. Le acompañaban para esta empresa los reyes de la India con tropas auxiliares. Seguro de la victoria, intimó á los habitantes que se rindiesen, so pena de ver arrasada su ciudad. Animados por Santiago, su santo obispo, se prepararon á una vigorosa resistencia. Durante sesenta dias pone en movimiento todas sus máquinas; parte de los fosos es terraplenada, se baten las murallas con el ariete, se cavan soterráneos y se hacen minas, se le hace mudar de corriente al rio Migdonio, á fin de hacer rendir á los habitantes por la sed. El valor de los sitiados hace inútiles todos esos trabajos: pozos y manantiales artificiales les suministran

(1) Las actas auténticas de la persecucion de Sapor II, en Persia, no habian sido conocidas en Europa hasta el pontificado de Clemente XI (1700-1721), quien las mandó copiar á expensas de mucho trabajo y gastos, de los manuscritos conservados en los monasterios de la Nitria, manuscritos que los monjes egipcios no quisieron ceder jamás, ni aun pagándoselos á peso de oro. La importancia que daba este gran papa á dichos monumentos, es la garantía mas segura de su autenticidad.

agua en abundancia. Sapor recurre á un medio increíble. Detiene al rio por arriba de la ciudad con un dique entre dos montañas; por bajo de la ciudad, levanta otro dique aun mas considerable; deja soltar entonces el dique superior; las aguas se lanzan agolpadas, y con furioso empuje se precipitan contra los muros de la ciudad sitiada: los conmueven algo, pero no pueden abatirlos. Retenida esta inmensidad de agua por el dique inferior, forma muy pronto un mar, en medio del cual se levanta, como isla, la invencible Nisiba. Los Persas se aprovechan de esta situacion, que tenian prevista, y atacan á los sitiados con muchedumbre de barcas armadas de guerreros. Los habitantes no se aturden ni pierden el ánimo: con arpones y otros utensilios se traen las barcas que pueden cautivar, echan otras á pique y las ponen en desórden á todas, con peñascos lanzados sobre ellas, y otros ardides de guerra. En medio de este tan extraño combate, se rompe el dique inferior: las aguas, largo tiempo retenidas, se precipitan por las aberturas y arrastran consigo las barcas de los sitiadores, á pesar de los esfuerzos de los remadores, y dan en tierra con dos bastiones de la muralla. Sapor se cree en fin dueño de la ciudad, y manda á su ejército que se prepare el dia siguiente para montar á la brecha y escalar los muros; se dió el asalto con furioso encarnizamiento. Los Persas avanzan sobre un terreno húmedo y fangoso. Se les deja acercar hasta el borde del foso, que era muy ancho y profundo, y en el cual el estanco de las aguas por tantos dias habia formado profundo cenagal. Llegados allí, en tanto que buscan medios de pasar, se ven asaltados de una lluvia de piedras, de fuegos y de dardos: los unos caen aterrados ó mortalmente heridos; otros quieren huir y volver atrás, mas los que venian detrás les empujan adelante: hombres, caballos, elefantes, máquinas, todo se encharca en el fango y perece sin remedio por no poder salir del limo. Sapor, forzado á tocar á retirada, suspendió por un dia entero el ataque por dejar que el terreno se consolidase. Volvió á la carga dos dias despues, y se quedó sorprendido al ver detrás de la brecha nuevas murallas que los sitiados habian